

# ÍNDICE

	página
INTRODUCCIÓN: Un libro en el collado.....	7
CAPÍTULO I: PRECEDENTES REMOTOS Y PRÓXIMOS.....	15
La morada del mito.....	16
Entusiasmo inicial.....	17
<i>Montañas sagradas</i> .....	20
El descubrimiento del paisaje.....	25
Montañas de un mundo remoto.....	27
Espíritu práctico.....	29
Observar y admirar directamente.....	31
<i>La aventura ilustrada</i> .....	33
La peregrinación de ilustrados y románticos:	
El comienzo de los doscientos años de soledad.....	38
<i>Horace Bénédicte de Saussure inventa el alpinismo</i> .....	42
Nuevas miradas.....	47



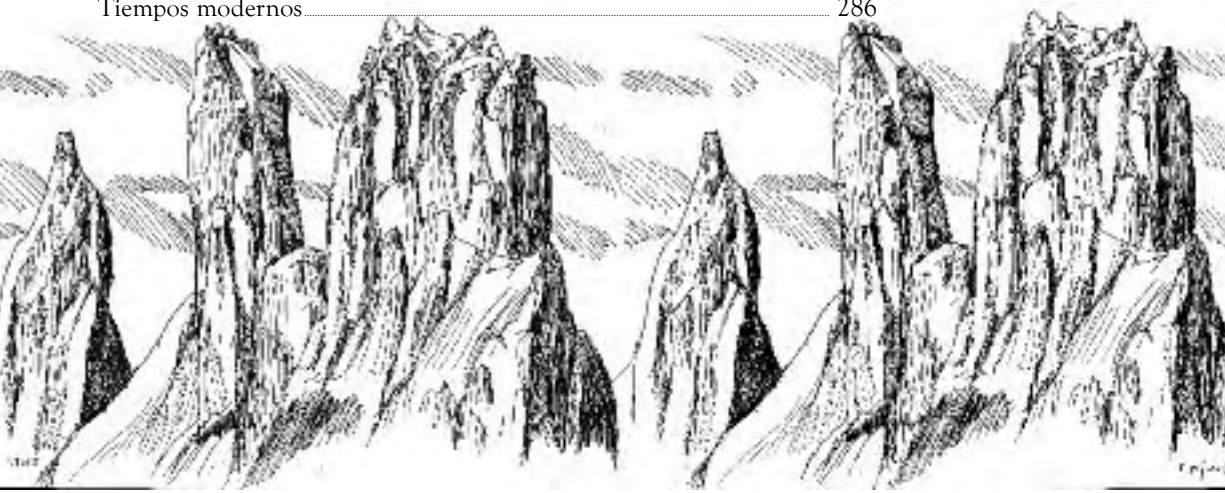
CAPÍTULO II: EL ORIGEN DEL SENTIMIENTO EN ESPAÑA.....	59
<i>Un país posible, una ocasión perdida</i> .....	60
La primera admiración.....	62
Un fondo moral.....	65
El caminante solitario.....	70
Las sociedades pioneras.....	73
Inquietantes pensamientos.....	83
Por el interior de las montañas:.....	85
– La valoración.....	85
– El nacimiento del alpinismo en España.....	86
– <i>La primera escalada del Naranjo de Bulnes</i> .....	89
La protección de la montaña.....	95
Montaña y sociedad.....	100
CAPÍTULO III: LOS PIRINEÍSTAS.....	103
De los bañistas a los montañeros.....	104
<i>Algunos rasgos del Pirineísmo clásico</i> .....	107
Científicos, geógrafos y alpinistas.....	113
Tres expresiones.....	115
La tranquilidad perdida.....	123
CAPÍTULO IV: EL PROFUNDO SENTIDO DE LOS ALPES.....	127
El «gran Kursaal».....	128
Los otros Alpes.....	129
El diálogo del escalador.....	134
<i>La conquista del Cervino</i> .....	136
Una vertiginosa evolución.....	149
<i>Mummery, un revolucionario inglés</i> .....	151
Alpinismo, turismo y altitud.....	156
Algunas derivaciones literarias.....	157
Sentimientos y rechazos.....	162



CAPÍTULO V: OTRAS CLAVES CULTURALES ALPINAS Y REMOTAS .....	167
Paralelismos entre literatura y actividad en la montaña .....	168
<i>Joseph Conrad y El corazón de las tinieblas</i> .....	169
El punto de encuentro .....	171
Literatura de los montañeses .....	171
Literatura de los alpinistas .....	173
Entre la tragedia, la serenidad y el espíritu crítico .....	179
Literatura polar .....	183
Álbumes de fotografías y cuadernos de dibujos .....	188
Sala de cine .....	195

CAPÍTULO VI: SIGNOS IDEOLÓGICOS .....	207
Una consideración general .....	208
Espejos de la historia .....	211
<i>Francis Younghusband y «el Gran Juego»</i> .....	214
Un periodo turbulento: el ambiente en las montañas entre las dos grandes guerras .....	217
<i>Nanga Parbat, la montaña del destino de los alemanes</i> .....	224
Un toque de andinismo heroico .....	232
Un vistazo más cercano .....	232

CAPÍTULO VII: EL TUÉTANO DEL SENTIMIENTO .....	243
Un espacio de libertad .....	244
En el aire leve .....	250
<i>Walter Bonatti, un alpinista aparte</i> .....	254
Los sueños ganados .....	259
El juego de ecos .....	260
Viejo y nuevo talante montaño .....	264
<i>La Norte del Eiger y dos aragoneses de leyenda</i> .....	269
Preludios del cambio .....	279
Tiempos modernos .....	286



CAPÍTULO VIII: LAS GRANDES CORDILLERAS.....	291
Los primeros sueños.....	292
<i>Luis de Saboya, un aventurero de sangre azul</i> .....	296
Reflexiones y aventuras.....	306
<i>Mallory y el Everest</i> .....	311
La relación con las grandes montañas.....	316
<i>Annapurna, primer ochomil</i> .....	319
Visiones sosegadas.....	328
La innovación: Reinhold Messner.....	338
CAPÍTULO IX: LA MIRADA ACTUAL.....	347
«La libertad de las cimas».....	348
La comunicación con la montaña.....	355
La ética de la montaña.....	362
ALGUNOS LIBROS BÁSICOS.....	371
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	375



— INTRODUCCIÓN —

# Un libro en el collado



*“¿Y por qué viaja? Un libro árabe de geografía, y de los más célebres, se titula: Descanso del que está poseído por el deseo de contemplar horizontes. Alguien sueña con colinas, y una vez que ha subido a la más alta... en el horizonte contempla unas montañas que corona la nieve...”*



ÁLVARO CUNQUEIRO

Retratos y paisajes



SEBASTIÁN ÁLVARO

*Travesía hacia el  
Campo 3 en la cara  
suroeste del K2.*



EMOS cambiado hace poco la primera cifra anual por la que contamos el tiempo. No ha habido quien no haya revisado el siglo de los novecientos o hasta el milenio de los mil. Podríamos hacer nosotros también una consideración de una afición —tal vez sería menos discreto, pero más ajustado, decir una pasión— más que secular por las montañas. Frecuentemente tenemos cierto pudor, por austeridad, para expresar las sensaciones y sentimientos con los que se identifica el alpinismo, pero ahí están, largamente formulados, incluso rebasando la lejanía del siglo.

En la montaña se combinan dos factores que difícilmente aparecen juntos en otras prácticas deportivas: la emoción, que se logra al ascender una pendiente de hielo, al recorrer una arista de nieve, con el vacío vertiginoso a los pies, al escalar una pared escarpada o al alcanzar la cima de una alta montaña. Sensaciones incomparables, lo sabe con total certeza quien las haya vivido una sola vez. Y, como segundo factor indisoluble, está el recuerdo de esas sensaciones, que es lo que decanta en sentimiento y más tarde, reposado a través de la reflexión, en razones. Ese proceso intelectual transformado en literatura, fotografía o cine, es el poso cultural que sustenta eso que llamamos alpinismo. Un poso, unas emociones, unas ideas, un sentimiento que hace que los alpinistas no sean simplemente unos acróbatas que corren inconscientemente, acometiendo un peligro tras otro. Porque ese sentimiento forma parte inseparable de nuestra cultura, de nuestra formación, de nuestros proyectos, incluso de lo que cargamos en la mochila. Porque también viaja sobre nuestros hombros cuando ascendemos fatigosamente por la ladera de una montaña. Las palabras escritas

por algunos de esos hombres valientes que nos precedieron resuenan en nuestra cabeza cuando proyectamos una aventura en montaña. Y aquellas imágenes, que se nos han quedado grabadas en nuestras retinas, nos hacen vivir intensamente, incluso antes de partir, mientras desplegamos un mapa que nos evoca parajes perdidos, intentando imaginar esos paisajes antes de haberlos visto. En las lecturas nos reconocemos y, aun más, las reviviremos de nuevo, tan intensamente que somos capaces de situarnos en la piel de los protagonistas que vivieron magníficas experiencias muchos años antes que nosotros. Su ejemplo nos inspira, sus emociones llegan a conmovernos.



EDUARDO M. DE PISON

### **Almacenes de sentimientos.**

El recuerdo pide un reencuentro con la emoción originaria y con el paisaje en que se vivió. Los paisajes son emociones y sentimientos, tanto como a la inversa. Así comunicamos entre nosotros sentidos de las vivencias y a la vez sentidos de los lugares. En palabras del filósofo **Fernando Savater**, «lo que da a la aventura su potencia de regeneración moral y su vigor mágico es que, en cierto modo, se la vive, se la cuenta y se la escucha al mismo tiempo». Este libro pretende ser precisamente una reflexión, en voz alta, de estos tres elementos clave que confluyen en el montañismo.

Pudiera ser, incluso, que una revisión con cierta perspectiva de este fondo, de esta montaña de papel e imágenes que hace de almacén de sentimientos, ayude a situar el montañismo en cuestiones de fondo; podríamos aprovechar, pues, la circunstancia para seleccionar unas líneas ya escritas, unas ideas ya expresadas, de las cuales nacen las nuestras<sup>1</sup>. Sería como un paseo por una biblioteca imaginaria y a través del tiempo por unas montañas de la mano de unos autores, unos más conocidos que otros, unas más compartidas y otras tal vez menos, pero con actitud preponderantemente amistosa. Éste es, en fin, un libro de relecturas. En cualquier caso, selectivas —es imposible que sean exhaustivas—, pero también probablemente subjetivas. Es bastante posible que tal selección tenga, pese a nuestros intentos de orden, algo de cesto de cerezas, en parte por lo poco sistemático que es —por fortuna— este mundo, por lo fácil que es enredarse en sus ideas, y por nuestro mismo modo de ser, más bien dado a perdernos en derivaciones. A pesar de ello, creemos que estas páginas, además de ser una selección, también reflejan nuestra propia concepción de las montañas y el sentido ético que nos acompaña en ellas. Así, realizar este libro también ha sido una aventura, al reconocernos en determinados escritos, autores y paisajes, que es tanto como reencontrarnos en las emociones.

El sentimiento de la montaña que aquí queremos recoger es el declarado por los alpinistas o por escritores que, sin ser montañeros estrictos, han participado de modo próximo en esta actividad. Hay otros autores que, más alejadamente, también han formulado sus ideas o su sentido de las montañas, a veces con interés,

(1) Estas páginas arrancan de una charla que dimos a fines de 1999 en la librería *Desnivel de Madrid*, con palabras y diapositivas, y que fue introducida por Pedro Nicolás. Luego se transcribió y resumió la charla en un artículo, que también publicó *Desnivel* en febrero del 2000, y después se reprodujo en la antología *Lo mejor de Desnivel. 1981-2001*. Ahora, hemos ampliado ese escrito en este libro, sin perder su estructura original. Entretanto, hemos tenido largas y febriles conversaciones sobre el asunto —algunas en el Baltoro, donde están las montañas, otras en Madrid, donde están los ordenadores—, que finalmente condujeron esta obra a lo que ahora es.





SEBASTIÁN ÁLVARO

***En la arista de  
Rochefort en el  
macizo del Mont  
Blanc.***

principalmente, a su expresión escrita, pero éste ha sido nuestro objetivo y creemos que tal limitación está justificada. Pero como, naturalmente, detrás está en todo momento la acción, hemos querido relatar algunos de estos momentos clave que nos han parecido decisivos en el sentimiento de la montaña. Igual que no es posible solo el sentimiento, tampoco está sola la aventura. Ésta se mueve entre tantas referencias de leyendas, historias y otras aventuras previas, que se integra en ellas, que añade a ellas sus nuevas o repetidas experiencias: todo está ahí, nutriéndose mutuamente, en el gran ciclo del sentimiento de la montaña. Después de Homero todo viajero tiene algo de Ulises. Y es que el hombre es, en todos los casos, un viajero potencial. Ya que, sea cual sea la naturaleza del trayecto, viajar nos otorga un tipo de conocimiento que trasciende los márgenes de la vida cotidiana e invita al descubrimiento. Nos gustaría señalar aquí que no deja de ser revelador que dos de los grandes momentos del nacimiento de la literatura occidental hayan venido de la mano de dos formidables obras que podríamos calificar «de viajes»: la *Odissea* y la *Divina Comedia*, pues ambas se articulan en torno a la figura de un viajero, ya sea mediante el recorrido de un guerrero o un viaje puro de la conciencia.

incluso con influencia, pero hemos preferido delimitar el asunto —salvo contadas, pero indispensables, incursiones— a lo dicho en el ambiente del montañismo, para evitar un excesivo derrame de ideas. También hay algunos escritores que, lejos del alpinismo, han escrito sobre él o lo han tomado como fondo de un relato; si nos han parecido expresivos, hemos cogido algunas de sus sugerencias. Pero, finalmente, el alpinismo manifiesta su sentimiento de la montaña, sobre todo, silenciosamente, a través de su actividad: repasar ésta sería, por tanto, el mejor modo de comprender los significados y caracteres de tal sentimiento; podríamos afirmar que cualquier historia del montañismo contiene implícita esa manifestación. La evolución del alpinismo no sólo muestra el desarrollo de una actividad que va madurando a través del tiempo y las experiencias, sino también la evolución de las ideas que, a través de los siglos, han movido a los hombres a subir a las montañas.

Somos conscientes de la parcialidad que supone el atenernos aquí,



Al acabarse la cifra del mil, la revista *Grandes espacios* dedicó un reportaje significativo al cambio de material en el siglo XX. Leyéndolo, se ve que el sentimiento de la montaña, aunque en buena parte autónomo, también tiene que ver con sus circunstancias materiales: está lleno de conexiones con lo que eran y son los paisajes, la técnica, la economía, la sociedad y la cultura —y hasta la política—. En este largo y venturoso camino, y muy en concreto en estos doscientos últimos años, hay cosas que se han ganado y otras perdido; que cada cual haga su balance, pues nosotros nos limitamos a exponer los hechos. Aunque también su selección acabe por estar influida por nuestros criterios, quisiéramos dejar al lector a solas con sus reflexiones. Pongamos un ejemplo: una foto de dicho artículo muestra a un joven excursionista con un ordenador portátil y un teléfono móvil, y al pie se dice: «Puede estar solo pero ya nunca se encontrará aislado». Parece positivo, pero en una segunda lectura uno puede preguntarse: ¿es realmente bueno perder el «aislamiento»?

También algunos clubes de montaña hicieron repaso de sí mismos en el cambio de siglo, en libros tanto evocadores como significativos de contenidos (*Peñalara, Montañeros de Aragón*, por ejemplo, el primero enlazando con la línea más general de la historia cultural del Guadarrama, y el segundo con la del Pirineísmo). Al iniciarse el año 1, la ya madura editorial *Desnivel* editó una selección de artículos de su revista de alpinismo, desde su fundación en 1981: un repaso de veinte años, de nada menos que diecisiete mil páginas de actividad y de sentimiento, continuamente en vanguardia. ¿Qué podemos decir de 100, de 200 años, de miles no ya de páginas, sino de libros? Por azar, termina



CARLOS ARROTO



ARCHIVO G.E. DESNIVEL

*Imágenes de  
Grandes Espacios,  
año 2000.  
Abajo: en el  
collado.*



EDUARDO M. DE PISON

esa antología con unos escritos nuestros, en los que mirábamos cien años hacia atrás: uno, la mirada retrospectiva que dio pie a este libro; en el otro se resaltaba una figura —el duque de los Abruzos— que constituye uno de los modelos vitales del alpinismo de exploración en el paso del siglo XIX al XX: dos muestras adelantadas del gran



SEBASTIÁN ÁLVARO

***Ascendiendo al  
Campo 3, cara  
sudoeste del K2.***

dar: «Si, al franquear una montaña en la dirección de una estrella, el viajero se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada, se arriesga a olvidar cuál es la estrella que lo guía».

Pero creemos que, en el fondo, nunca se ha interrumpido esta línea. Valgan dos ejemplos. En el prólogo al clásico libro que **Guido Rey** escribió sobre el Cervino —un regalo tan pequeño para una montaña tan grande, bromea—, dice **D'Amicis** que el alpinista tiene el corazón abierto a los sentimientos y, así, ve cosas que otros no podrían distinguir. Pasan los años, pero, cuando en una obra reciente el escalador **Ramón Portilla** narra cómo alcanza una de sus «siete cumbres», la más remota y desolada, habla de nuevo de una experiencia plena de los sentidos y confiesa que es la fuerza de esos sentimientos la que le ha conducido a ascender montañas, a llevar una vida de montañero.

Veamos lo que unos y otros nos cuentan de este privado asunto. O no cuentan, porque cuando **Mallory** parece que contestó que deseaba subir al Everest «porque está ahí», fue particularmente parco y, quizá por ello, aun más sugerente; y lo cierto es que, sea o no una frase suya —ya que se discute si realmente fue expresada de esta forma simple y rotunda por el admirable alpinista británico o fue una escueta reducción puesta en su boca por un periodista poco escrupuloso—, refleja mejor que muchos discursos el espíritu de aventura, la aventura romántica, es decir, el ideal perseguido tenazmente, el juego limpio: y, a la postre, ha sido su mejor epitafio. De la misma forma, cuando **Juanjo San Sebastián**, ante idéntica pregunta, se sale por la tangente, con su irónico sentido del humor, respondiendo «por si acaso», aparte de dejar estupefacto al interlocutor, está probablemente evitando explicar lo que le llevó a intentar escalar cuatro veces el K2 por diferentes rutas; es decir, está soslayando asomarse a ese agujero vertiginoso de pasiones, emociones y sentimientos, que quizás sean más de los que pueda contener este libro. A pesar de ello, vamos a tratar de entreabrir una puerta del recinto de esos sentimientos, siendo conscientes de que nos aguarda un mundo mucho más amplio por leer, bibliotecas que nos esperan silenciosas para capturarnos con las expresiones directas, una vez más, de la extraña sugestión que llevó a sus autores hacia las montañas. En esos estantes están depositadas las cosas que han cambiado y las que quedan;

almacén de sentimientos del que también se nutre esta obra.

En el collado, entre dos paisajes, antes de entrar en el que ahora se abre ante nuestros ojos, nos volvemos a mirar el que acabamos de atravesar: una ojeada rápida a cientos de montañas, la sensación sólo del conjunto de formas, de tonos y, acaso, un perfil de nieve en una arista aislada que brilla con especial intensidad o que nos dice algo que es necesario retener. Saint-Exupéry dio un consejo que conviene de vez en cuando recordar:



EDUARDO M. DE PISÓN

hay en ellos tesoros perdidos y nuevos horizontes encontrados. Y, más allá de éstos, nuevos paisajes que esperan ser descubiertos, fijados por nuestros ojos y la memoria, que generarán nuevas páginas, fotografías o películas, despertando la avidez de sensaciones de nuevos lectores. En este magnífico legado se encuentra, en definitiva, la esencia de lo que hacemos.

Entretanto, hasta las mismas montañas se han modificado en parte, mientras su símbolo de lo permanente aún contiene valores en lugares precisos; aunque nada ha variado tanto como el puesto que los hombres nos adjudicamos en ellas. Pero no es este libro un alegato melancólico, pues, por un lado, no sentimos nada realmente «perdido» ni nos parece adecuado andar con cavilaciones, añorando tiempos ya irremediabilmente pasados. La historia, como tal, no debe olvidarse, pero también pensamos que, tanto el presente —con frecuencia creativo— como el futuro —desconocido—, son igualmente interesantes; desde luego, el seguimiento y participación en el último es un proyecto más tentador que cualquier nostalgia.

Aunque en estas páginas hay algo de recuerdo de las «viejas baladas», quisiéramos sobre todo que la revisión de este fondo de sentimientos ayudara a situar al lector. Para intentarlo hemos distribuido, de forma consciente, tres

*Vertiente norte del  
Everest y glaciar de  
Rongbuk.*



SEBASTIÁN ÁLVARO

*Collado en los  
Alpes, al fondo  
L Aiguille Noire de  
Peuterey.*

informaciones paralelas que terminan confluyendo: primero, a través de las lecturas selectivas que antes mencionábamos; segundo, mediante relatos expresivos de actividades, situaciones o temas que hemos considerado interesantes; y tercero, complementariamente, con un conjunto de referencias gráficas, tanto sobre lugares, obras y autores mencionados, como sobre los paisajes y las actividades narradas. Hemos querido —no sabemos si conseguido— que estos tres puntos de vista vayan acordes y estén más o menos estructurados por sus temas, lugares y orden cronológico, aunque, tal como somos, el espíritu sistemático no nos haya atado en exceso. En el título de este libro hemos evocado, conscientemente, el de una obra admirable, y sobradamente conocida, sobre un mundo múltiple, mágico y propio, como lo es también, cada uno en lo suyo, el montañero que aquí tratamos, con un carácter esencial, definido por el acceso a los lugares de la soledad. Que vendría a ser como un intento de llegar al fondo del alma. Por eso mismo esperamos que esa misteriosa soledad que rodea las montañas siga siendo posible por mucho tiempo.